

que se elevaba del Sena indicaban la terminación del día, y ya era casi de noche cuando el doctor y su hija llegaron al Banco. El magnífico palacio de monseñor, á un mismo tiempo profanado y desierto, ostentaba estas palabras escritas encima de un monton de cenizas y de inmundicias depositadas en el pátio: «Propiedad nacional. República francesa, una é indivisible. Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.»

¿Quién podia hallarse en compañía de Mr. Lorry? ¿A quién pertenecía aquella manta de viaje que se hallaba allí tirada sobre una silla? ¿A quién acababa de dejar el gentleman cuando, sumamente conmovido, se dirigió al lado de Lucía para estrecharla entre sus brazos? ¿A quién dijo las palabras que ella le habia balbuceado, cuando volviendo la cabeza hácia la puerta de la habitacion de donde acababa de salir, repitió alzando la voz: «Trasladado á la Conserjeria para ser juzgado mañana?»

## CAPITULO VI.

### Triunfo.

El tribunal revolucionario, compuesto de cinco jueces, del acusador público y de un jurado cuyas decisiones no tenian apelacion, se reunia diariamente. La lista de los acusados que debian comparecer ante él se remitia el dia anterior á cada cárcel, y el carcelero la leia á los individuos que en ella figuraban.

—Acercáos todos y escuchad: aquí teneis el periódico de la noche, repetia diariamente el carcelero, que habia hecho de esta frase su chanzoneta favorita.

—¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay!

De este modo comenzaba en la Force el periódico de la noche, el dia que la pobre Lucía vió bailar la carmañola.

Tan pronto como se pronunciaba el nombre de un preso, el individuo que lo llevaba debia salir de entre los demás y colocarse en un sitio aparte, reservado á los detenidos designados para el dia siguiente. Carlos tenia tristes razones para no ignorar aquella costumbre; hacia quince meses que veia desaparecer á todos sus compañeros de infortunio, despues de haber sido sometidos á aquella formalidad.

El carcelero miró por encima de sus gafas para cerciorarse de que el referido Evremont se habia colocado en el sitio requerido, y continuó su lectura, deteniéndose del mismo modo á cada nombre que pronunciaba. La lista comprendia á veintitres; veinte detenidos tan sólo respondieron al llamamiento; los tres restantes habian fallecido: uno en la misma cárcel, y los otros dos en el cadalso; pero al redactar la lista se habia olvidado esta circunstancia.

La lectura de aquella lista fatal se habia verificado en la gran sala en que Carlos habia sido introducido el dia de su entrada en la Force. Todas las personas á quienes habia hallado en aquella época habian sido asesinadas en Setiembre; y desde entonces cada uno de los amigos que habia visto salir, abandonaban la cárcel para subir al cadalso.

Despidiéronse unos de otros apresuradamente, y aquella conmovedora escena duró muy cortos momentos; era un incidente diario á que se hallaban todos acostumbrados, y los detenidos de la Force se disponian precisamente aquella misma noche á jugar á juegos de prendas, y debian además verificar un pequeño concierto. Todos aquellos individuos se agolparon á las rejas para ver salir á los acusados; derramáronse algunas lágrimas por los

desgraciados que se alejaban; pero quedaban vacíos veinte lugares, y era preciso ocuparlos para que no pudiesen faltar las diversiones prometidas; y el tiempo se echaba encima; el carcelero debía volver dentro de muy poco para cerrar las puertas y poner la sala comun y los corredores bajo la custodia de los perros de presa, que eran los encargados de velar por el orden durante la noche.

No quiere decir todo esto que los detenidos de quienes hablamos fuesen insensibles; su despreocupacion provenia de la situacion en que se hallaban colocados, de las condiciones mismas de la época en que vivian, y no de la falta de sentimientos. La especie de fanatismo ó de embriaguez que llevó entonces á varias personas á desafiar la guillotina y á salir al encuentro del suplicio, no era una simple fanfarronada, sino el efecto contagioso del público frenesí. En tiempos de epidemia se ha visto á ciertos individuos de quienes se apoderaba el vértigo, ser atraídos por la enfermedad y desear morir de ella. Todos nosotros sentimos á veces esos extraños caprichos, que vuelven á reaparecer tan pronto como una circunstancia cualquiera los evoca.

El trayecto de la Force á la Conserjería era corto y tenebroso; la noche en sus nuevos calabozos, llenos de miseria, fué larga y fria para los veinte acusados. Conducidos ante el tribunal tan pronto como fué de dia, quince de ellos comparecieron ante los jueces antes del que es objeto de nuestra historia. Los quince fueron condenados á muerte; su interrogatorio y su sentencia, dictada separadamente para cada uno de ellos, sólo ocupó durante hora y media al tribunal.

—¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay! gritó el presidente.

Los magistrados llevaban sombreros con plumas; pero el gorro encarnado, adornado con la escarapela tricolor, dominaba entre los concurrentes al acto. El detenido, al

dirigir una mirada á los jurados y al auditorio, hubiera podido pensar que se habia invertido el orden natural de las cosas y que los criminales juzgaban á las gentes de bien. Toda la hez del populacho dirigia los debates, hacia comentarios sumamente inconvenientes, aplaudia, desaprobaba, anticipaba y precipitaba el fallo, sin que el tribunal opusiera á todos aquellos actos la más insignificante resistencia. Casi todos los hombres iban armados; algunas de las mujeres llevaban puñales y cuchillos; otras comian y bebían sin dejar de observar lo que ocurría en el tribunal; la mayor parte de ellas hacían calceta. Una de estas últimas trabajaba con mayor actividad que ninguna de sus compañeras. Colocada en primer término, hallábase cerca de un hombre á quien el acusado no habia vuelto á ver desde su llegada á París, pero á quien reconoció inmediatamente. Era el ciudadano Defarge. La calcetera habló una ó dos veces al oído de su vecino, de lo cual coligió Carlos que debía ser la mujer del tabernero; y lo que llamó sobre todo la atención del detenido, fué la afectacion con que procuraban ambos no mirar hácia el lado en que él se hallaba y del cual se encontraban á muy corta distancia. Los dos parecían hallarse muy poco satisfechos, y sus miradas no se apartaban un solo momento de los jurados.

En la parte inferior del sitio que ocupaba el presidente, se hallaba sentado el doctor Manette, vestido con su traje de todos los días; por lo que pudo comprender Carlos Darnay, él y Mr. Lorry eran los únicos concurrentes que no habian adoptado la carmañola.

Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay, comparecia ante el tribunal como aristócrata, acusado de emigracion, y el acusador público pedía su cabeza en nombre del decreto de destierro que prohibía, bajo pena de muerte, la entrada de los emigrados en Francia. Poco importaba que el regreso del detenido fuese anterior al decreto invoca-

do: el referido Eyremont estaba allí, se le había preso en Francia, el decreto existía, y era preciso que se sometiese á él.

—¿Qué le corten la cabeza! gritaron los asistentes á la vista; es un enemigo de la República.

El presidente agitó la campanilla y preguntó al acusado si era cierto que había vivido muchos años en Inglaterra.

—Es cierto efectivamente.

Era por lo tanto un emigrado; ¿qué nombre se daba él á sí mismo?

—Soy un francés que habita la Inglaterra, y no un emigrado, en el sentido que la ley dá á esta calificación.

—¿Y por qué? le preguntaron.

—Porque he renunciado voluntariamente á mi posición y á un título que me era odioso; y porque si he abandonado mi patria mucho antes de que la palabra emigrado tuviese la significación que le dá el tribunal, lo he hecho prefiriendo vivir de mi propio trabajo en Inglaterra, antes que del trabajo del pueblo, del cual podía disfrutar en Francia.

—¿Cómo probais eso?

—Con el testimonio de Luis Gabelle y de Alejandro Manette.

—Pero vos os habeis casado en Londres, exclamó el presidente.

—Sí, pero no con una inglesa.

—¿Os habeis casado con una ciudadana de Francia?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Lucia Manette, hija del doctor Manette, antiguo detenido en la Bastilla.

Esta respuesta produjo muy buen efecto en el auditorio. Todo el mundo comenzó á publicar á gritos las alabanzas del doctor; y tal era la volubilidad del pueblo,

que las lágrimas corrieron por algunos de aquellos feroces rostros, que poco antes reflejaban el odio y el furor.

Cárlos había seguido hasta aquel momento las reiteradas indicaciones de su suegro, cuya suma previsión y diligencia había allanado todas las dificultades del peligroso camino en que se hallaba el detenido.

—¿Por qué volvisteis á Francia á últimos del año pasado? ¿Por qué aguardásteis á esa época para regresar á la patria? le preguntó el presidente.

—Si no volví antes, respondió, fué porque no tenía en mi país más medios de subsistencia que mi fortuna patrimonial, á la que había renunciado espontáneamente, mientras que en Inglaterra ganaba lo suficiente para vivir, enseñando la lengua y la literatura de mi patria. Si salí de Londres, fué cediendo á los ruegos de uno de mis compatriotas, cuya vida corría peligro con mi ausencia. Vine para salvar de la muerte á un ciudadano; vine para decir la verdad, corriendo voluntariamente mil riesgos y peligros: ¿puede la República considerar esto como un crimen?

—¡No, no! gritaron los circunstantes llenos de verdadero entusiasmo.

El presidente agitó inútilmente la campanilla; los alborotadores continuaron haciendo las mismas manifestaciones hasta que tuvieron por conveniente guardar silencio.

—¿Cómo se llama ese ciudadano? preguntó el presidente tan pronto como cesó aquella horrible algarabía.

El ciudadano en cuestión era el primer testigo de descargo. El detenido se refería con toda confianza á la carta de aquel ciudadano, carta que le había sido arrebatada al entrar en París, pero que se hallaba, sin duda alguna, entre los documentos que el tribunal tenía á la vista.

El doctor había tenido buen cuidado de hacerla figurar entre los indicados documentos, y el presidente la buscó y la leyó en voz alta.

El ciudadano Gabelle, citado ante el tribunal para declarar como testigo, confirmó no solamente todo cuanto habia dicho el acusado, sino que insinuó además, con extremada delicadeza, que, debido sin duda á la infinidad de asuntos de que tenia que ocuparse la justicia para castigar á los numerosos enemigos del pueblo, habia permanecido durante tres años en la Abadía, borrado completamente de la patriótica memoria del tribunal, hasta fines de la semana anterior, en que habia sido llamado para comparecer; y que el jurado lo habia mandado poner en libertad, declarando que la acusacion formulada contra el referido Gabelle quedaba anulada en vista de la presentacion del ciudadano Carlos Darnay.

En seguida fué interrogado Mr. Manette. La popularidad de que gozaba y la exactitud y concision de sus respuestas produjeron desde luego muy buen efecto; pero cuando demostró que el acusado habia sido el primer amigo que halló al salir de la Bastilla; que desde entonces no habia cesado el detenido de darle patentes pruebas de cariño en su destierro; que lejos de hallarse bien con el gobierno aristocrático de Inglaterra, Carlos Darnay habia sido acusado como enemigo de la Gran Bretaña y como amigo de los Estados republicanos de América, el tribunal compartió las favorables impresiones del auditorio. Por último, cuando insistiendo sobre todos aquellos extremos con toda la fuerza y la energia que presta la verdad, apeló al testimonio de Mr. Lorry, ciudadano de Londres, que en aquel momento se hallaba en la sala, y que habia figurado como testigo en la mencionada causa, el jurado se dió por suficientemente enterado, y declaró hallarse pronto á dictar su fallo, previa la vènia del presidente.

Al emitirse cada voto (los jurados daban su opinion verbalmente y en alta voz), la asamblea prorrumpió en entusiastas y ruidosas aclamaciones. Todos los individuos

del jurado votaron en favor del detenido, y Carlos Darnay fué declarado inocente por unanimidad.

Entonces comenzó una de esas demostraciones á que el pueblo se mostraba tan aficionado, áun en aquella época de sanguinario furor. ¿Obedecian exclusivamente á su volubilidad, cedian á los generosos impulsos que aún vibraban en sus almas, ó querian compensar los feroces actos que pesaban sobre sus conciencias? ¿Quién era capaz de adivinarlo? Tal vez influian en ello estos tres motivos, por mas que el segundo predominase sobre los otros dos. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que las lágrimas corrieron abundantemente, y los hombres y las mujeres abrazaron á Carlos Darnay con tan fervoroso entusiasmo, que estuvo á punto de ponerse enfermo, debilitado como estaba ya por su larga detencion y profundamente conmovido al pensar que aquellas mismas gentes, impelidas por otra corriente, le hubieran hecho trizas con igual entusiasmo.

La necesidad de dejar su puesto á otros nuevos acusados, libró á nuestro amigo de las cariñosas demostraciones de que era objeto. Acababan de presentarse ante el tribunal para ser juzgados en masa, cinco detenidos acusados de ser emigrados de la República, toda vez que no le habian ayudado ni con sus discursos ni con sus actos. Tal fué la prontitud con que los jueces indemnizaron al pueblo y se indemnizaron á sí mismos de la absolucion que acababan de decretar, que antes de que Carlos Darnay hubiese abandonado la sala, se decidió que los cinco detenidos fuesen ejecutados en el término de veinticuatro horas.

En honor de la verdad, esta última causa no habia tenido un auditorio que pudiese prolongar los debates; porque al salir del palacio de justicia, el doctor y su yerno se hallaron en medio de un gentío inmenso, entre el cual reconoció Mr. Manette todas las caras que habia vis-

to en la sala, excepcion hecha de dos personas, á las cuales buscó inútilmente. Tan pronto como apareció Carlos, acompañado del doctor, comenzaron de nuevo las aclamaciones, los gritos, los aplausos y los abrazos, pero con un entusiasmo cada vez creciente.

La multitud se habia apoderado de una silla, no se sabe si en el mismo tribunal ó en una de las salas inmediatas; despues de cubrirla con una bandera encarnada, sujetaron á ella una pica coronada con un gorro colorado. El doctor, á pesar de sus vivas instancias, no pudo impedir que colocasen á su yerno en aquella silla patriótica; y en tanto que le llevaban en triunfo, en medio de aquel hirviente oceano de gorros encarnados, del cual surgian ante sus ojos restos de rostros humanos, Carlos se preguntó más de una vez si no iba en la carreta que le conducia á la guillotina.

Rodeándole de un séquito que le parecia producto de una alucinacion, abrazando á todos cuantos se hallaban en su camino, mostrándole con el dedo y lanzando gritos de entusiasmo, le pasearon por la ciudad; y enrojeciendo con el color republicano las calles cuyos empedrados habian enrojecido con un color más sombrío, llegaron á la casa del doctor y entraron en el pátio, en el cual dejaron á Carlos Darnay.

Lucia, preparada por Mr. Manette para el espectáculo que iba á presenciar, bajó cuando Carlos echó pié á tierra y cayó sin conocimiento en los brazos de su marido.

En tanto que él la estrechaba sobre su corazon, cuidando de colocarse entre ella y los que le escoltaban, para ocultarla á las miradas de la multitud, algunos individuos se pusieron á bailar; todos los demás siguieron inmediatamente su ejemplo, y la carmañola comenzó á girar en el pátio. Luego llevaron sobre la silla triunfal á una muchacha que figuró la diosa de la libertad, y desbordándose desde el pátio á las calles inmediatas por los

malecones y por el puente, la carmañola, cuyo oleage aumentaba por momentos, se alejó como un revuelto torbellino.

Despues de estrechar la mano de su suegro, que le contemplaba lleno de orgullo, y la de Mr. Lorry, que llegaba completamente rendido por la lucha que habia sostenido con los bailarines; despues de abrazar á la pequeña Lucia, á quien habian aleccionado para que pudiese echarle los brazos al cuello, y á la fiel miss Pross que llevaba á la niña, estrechó entre sus brazos á su mujer:

—¡Lucia! ¡querida de mi alma! ya estoy en libertad, ya me tienes á tu lado.

—Carlos, querido mio, déjame dar gracias á Dios, que ha querido escuchar mis súplicas.

Todos permanecieron recogidos y silenciosos.

—Y ahora, ángel mio, habla á tu padre, dile todo cuanto yo experimento; nadie hubiera podido hacer lo que él ha hecho por mí.

Lucia apoyó su cabeza sobre el pecho de Mr. Manette, del mismo modo que habia apoyado en otro tiempo sobre su corazon la pobre cabeza del zapatero. El doctor gozaba al ver que habia podido pagar aquella deuda; tenia al fin la recompensa de todos sus sufrimientos, y se sentia orgulloso y fuerte.

No tengas miedo, hermosa mia, dijo á su hija regañándola con suma dulzura. ¿Por qué temblar ahora? ya le salvado; ya no hay nada que temer.

## CAPITULO VII.

## Llaman á la puerta.

¡Salvado! decia su padre. No era uno de esos sueños que ella habia tenido tantas veces durante aquellos terribles quince meses. Cárlos estaba allí, y sin embargo ella temblaba; una vaga inquietud se apoderaba de su alma; tenia miedo.

¡Estaba el cielo tan sombrío, era el pueblo tan inconstante y tenia tanta sed de venganza! morian diariamente tantos inocentes, tantos desdichados no ménos hombres de bien que su marido y no ménos queridos á los que los lloraban, que Lucía no acababa en modo alguno de tranquilizarse. La sombra comenzaba á descender y continuaba oyéndose el horrible crujido de aquellas espantosas carretas. Ella las seguía con la imaginacion, buscaba á su marido en medio de los condenados á muerte, y estrechando contra sí á Cárlos para asegurarse de su presencia, temblaba cada vez más y su terror crecía por momentos.

Su padre trataba de animarla y consideraba aquella debilidad mujeril con cierto aire de superioridad y compasion. Ya habia desaparecido todo recuerdo del chirivital de San Antonio, ya no se acordaba de sus tareas de zapatero, ni del número 105, ni de la torre del Norte. Habia llenado su mision, habia cumplido su promesa, habia salvado á Cárlos: toda la familia podía, pues, confiar en su fuerza y en su prestigio.

Vivian con cierta estrechez; no solamente porque esto era necesario como medida de seguridad, puesto que semejante género de vida no insultaba la pobreza del pue-

blo, sino porque además tampoco eran ricos. Habia que pagar muy caros los malos alimentos que Cárlos recibía en la prision; dar mucho dinero á los empleados de la cárcel, y contribuir al sostenimiento de los presos que carecian de toda clase de recursos. De lo cual resultaba que por una economía impuesta por las circunstancias y por el deseo de evitar todo espionaje, no tenian más criado que Jerry, cuyo individuo les habia cedido el gentleman casi por completo.

Un bando del municipio disponia que sobre la puerta de cada casa y á una altura conveniente del piso de la calle, se escribiese en caracteres legibles los nombres de todas las personas que la habitaban. El nombre de Jerry Cruncher figuraba por lo tanto en la fachada de la casa del doctor; y en tanto que las sombras de la noche iban extendiéndose sobre la ciudad, Cruncher vigilaba á un pintor que Mr. Manette habia mandado llamar para añadir á la lista que decoraba su puerta, el nombre del ciudadano Evremont, llamado Cárlos Darnay.

El temor y la desconfianza que reinaban entonces, habian modificado las costumbres más inocentes de la vida; en la casa del doctor, lo mismo que en otras muchas, se hacia cada noche la compra de las provisiones necesarias, y se compraban al pormenor en las más modestas tiendecillas, que se variaban todo lo posible, con objeto de no llamar la atencion ni excitar la envidia de nadie.

Hacia quince meses que miss Pross y Cruncher se encargaban de dichas compras; élla tenia el dinero y él llevaba en un cesto los comestibles. Todas las noches, á la hora en que se encendian los faroles, salian los dos en amor y compañía á hacer la compra para el día siguiente. Miss Pross, despues de habitar quince años en la casa del doctor, hubiera podido saber el francés tan perfectamente como su lengua nativa; pero habia hecho por su parte todo lo posible para no conseguirlo, y aquel absurdo ga-

limatías (este era el nombre que ella daba á la lengua francesa) le era tan desconocido como al mismo Cruncher. Todas sus relaciones con los tenderos á quienes solía comprar algo se reducían, pues, á dispararles á boca de jarro alguno que otro dificultoso sustantivo; y cuando éste no designaba la cosa que ella deseaba, cogía el objeto de que se trataba y no se desprendía de él hasta que el trato quedaba terminado, no dejando nunca de levantar un dedo ménos que el negociante, cualquiera que fuese el número de los que él hubiese mostrado al principio, y que figuraban los sueldos, los ochavos ó las libras que representaban el precio del artículo.

—Ahora, Mr. Cruncher, dijo el ama de gobierno, cuyos ojos se hallaban enrojecidos por las lágrimas de alegría que habian derramado, si estais preparado, nos pondremos en marcha.

Jerry, con su voz siempre ronca, se puso á las órdenes de miss Pross.

—Vamos de prisita, dijo miss Pross, porque necesitamos una infinidad de cosas; en primer lugar nos hace falta vino; los gorros colorados van á beber á nuestra salud en la tienda en donde lo compramos.

—Para lo que entendeis la lengua, miss, lo mismo os da que beban á vuestra salud ó á la del viejo, replicó Jerry.

—¿De qué viejo hablais, Mr. Cruncher?

Este explicó tímidamente que se trataba del diablo.

—¡Ah! dijo el ama de gobierno, no hace falta ningun intérprete para saber lo que significan esos mónstruos colorados; todos ellos no representan mas que el asesinato y la desgracia.

—¡Ghist! callad por todos los santos del cielo, querida Pross, exclamó Lucía.

—Sí, sí, no tengais cuidado, replicó la vieja solterona, seré prudente; pero aquí entre nosotros puedo asegurarnos

que tengo horror á todas esas gentes que apestan á cebolla y á tabaco, y procuro siempre no tropezar con ellos en mi camino. Vos, pichoncita mia, quedáos ahí quieta al lado de la chimenea; cuidad á vuestro buen marido, y no separéis vuestra linda cabeza de su hombro, como haceis en este momento. Doctor, ¿me permitis que os haga una pregunta?

—Preguntad con toda libertad lo que querais, respondió Mr. Manette sonriéndose.

—En nombre del cielo, no hableis de libertad; bastante tenemos por ahora, dijo el ama de gobierno.

—¡Ghist! repitió Lucía; ¿es que no piensas enmendarte?

—Querida mia, repuso la vieja solterona moviendo la cabeza, yo soy súbdito de S. M. el rey de Inglaterra Jorge III, (miss Pross hizo una profunda reverencia al nombrar á su soberano) y como tal, pido al Señor, y se lo pido incesantemente, que confunda la política infernal de esos desalmados y haga abortar sus satánicos proyectos; yo tengo gran confianza en el poderoso monarca que nos protege, y deseo que Dios salve al rey.

Mr. Cruncher, en un acceso de fidelidad monárquica, pronunció entre dientes las últimas palabras de miss Pross, como si hubiese respondido en la iglesia.

—Mucho celebro que seais un buen inglés, dijo miss Pross con acento de aprobacion; pero siento que vuestro catarro os haya echado á perder la voz. Pero volviendo á mi pregunta, doctor, yo quisiera saber si tardaremos mucho en abandonar esta espantosa ciudad.

—Puede que sí, miss Pross; el precipitar nuestra marcha podria ser peligroso para Cárlos.

—¡Bien, bien! dijo alegremente la vieja solterona, que ahogó un suspiro al contemplar los dorados cabellos de la hija del doctor; ¡qué se le ha de hacer! tendremos paciencia; llevaremos erguida la cabeza y aniquilaremos al enemigo, como decia mi hermano Salomon. Vámonos,

Mr. Cruncher. No os movais de vuestro sitio, pichoncita mía.

Los dos súbditos del rey Jorge III salieron á la calle, dejando á Lucía, Cárlos, el doctor y la niña cerca de una bien provista chimenea, y esperando de un momento á otro á Mr. Lorry. Miss Pross había encendido el quinqué, pero lo había colocado en un ángulo de la habitación para que la familia pudiese gozar de la claridad de las llamas y de sus vistosos efectos. La pequeña Lucía se hallaba al lado de su abuelo, cuyos brazos estrechaba entre los suyos; y el doctor, hablando en voz baja, le comenzó la historia de una hada milagrosa que había derribado los muros de una prision para librar á un cautivo que en otro tiempo le había sido útil.

La calma reinaba en el saloncito del doctor y en toda la vecindad, y Lucía comenzaba á tranquilizarse.

—¿Qué es eso? preguntó de repente.

Querida mía, dijo el doctor interrumpiendo su historia y estrechando entre las suyas la mano de la jóven, no te dejes llevar así de tus impresiones. Nunca te he visto tan nerviosa; la cosa más insignificante te sobresalta: ¿es posible, hija mía, que te turbes sin motivo ninguno?

—Creí oír ruido de pasos en la escalera, dijo con voz temblorosa.

—No, ángel mio; nunca ha estado la casa más tranquila que en este momento.

Al decir estas palabras, llamaron con gran violencia á la puerta.

—¡Ah padre mio, ocultémosle! Tú le salvarás, ¿no es verdad?

—No temas nada, hija mía, dijo el doctor poniéndose en pié; yo le salvaré otra vez más; pero ¿quién puede amenazarle? Déjame que vaya á abrir.

Cogió el quinqué, atravesó las dos habitaciones que precedían al salon, y abrió la puerta de la escalera. Oyé-

ronse fuertes pisadas en el portal, y cuatro hombres armados con sables y pistolas penetraron en la habitación en que se hallaban Cárlos y su mujer.

—¿Está aqui el ciudadano Evremont? dijo uno de ellos.

—¿Qué se os ofrece? preguntó Cárlos.

—Venimos á buscarle, respondió el patriota; pero eres tú, sin duda alguna, yo te reconozco; estabas esta mañana en el tribunal. Dáte preso en nombre de la República.

Los cuatro hombres rodearon á Cárlos, á cuyo lado se hallaban Lucía y su hija.

—¿En virtud de qué sentencia, y por qué crimen se me detiene nuevamente?

—Ya lo sabrás mañana, que es cuando deben juzgarte; ahora tienes que venir á la Conserjería.

El doctor, aterrizado por aquella visita, parecia una estatua. Adelantóse al escuchar estas palabras, colocó el quinqué en la mesa, miró al patriota, y cogiéndole por la pechera de su camisa de lana roja:

—Si le conocéis á él, dijo, ¿no me conocéis tambien á mí?

—Perfectamente, ciudadano.

—Todos nosotros te conocemos, ciudadano, dijeron los otros tres.

Mr. Manette los miró con aire distraído, y dijo en voz baja, despues de un momento de silencio:

—¿Por qué venís á prenderle?

—Ciudadano doctor, respondió el primer patriota con visible repugnancia, porque acaba de ser denunciado á la seccion de San Antonio; luego, dirigiéndose á uno de sus compañeros, añadió: este ciudadano, que es del mismo barrio, podrá deciroslo.

El ciudadano á quien se referia, hizo un signo afirmativo.

—¿Y de qué se le acusa? prosiguió el doctor.

—No lo preguntéis, ciudadano, respondió el otro. Si la República exige de vos un sacrificio, sois bastante buen patriota para hacerlo sin titubear un solo momento; eso ya lo sabemos; la República es antes que nada; el pueblo es soberano; eso nadie lo ignora. Vamos, Evremont, tenemos mucha prisa.

—Escuchad una palabra, repuso el doctor con voz suplicante; ¿quién le denuncia?

—Eso no debe decirse; pero preguntádselo al patriota del barrio de San Antonio.

Mr. Manette miró al patriota en cuestion, el cual se restregó la parte superior del pié derecho con el pié izquierdo, se atusó la barba y respondió por fin:

—Es verdad, eso no debe decirse; pero, sin embargo, yo os lo diré: le han denunciado...

El hombre se detuvo y luego añadió con cierta gravedad:

—Le han denunciado el ciudadano y la ciudadana Defarge... y además otra persona.

—¿Quién?

—¿Os empeñais en saberlo?

—Sí.

—¡Pues bien! dijo el hombre del arrabal de San Antonio mirándole de un modo extraño, ya lo sabreis mañana; en este momento no puedo decíroslo.

## CAPITULO VIII.

### Una partida de naipes.

Miss Pross, sin sospechar siquiera la nueva desgracia que acababa de suceder á las personas á quienes amaba, recorrió las estrechas calles que conducian al Sena y

atravesó el Puente Nuevo, procurando recordar las cosas más indispensables que debía llevar á casa. Jerry iba á su lado con la cesta colgada del brazo; los dos miraban á derecha y á izquierda todas las tiendas, y al verlas ocupadas por una porcion de individuos, deshacian el camino andado para evitar los grupos en que se hablaba con demasiada animacion. El frio era intenso, y en el rio, envuelto por la espesa niebla, se divisaban unos siniestros resplandores y se oia un fuerte martilleo que indicaba el sitio en que se hallaban situados los barcos destinados á la fabricacion de fusiles para los ejércitos de la República. Infeliz del que tratase de hacer traicion á aquellos ejércitos en que el mérito no guardaba relacion con el grado que cada uno ostentaba; más le hubiera valido morir antes que le saliera la barba, porque la guillotina se encargaria de afeitarle á la mayor brevedad.

Miss Pross, despues de hacer algunas compras en la tienda de un lonjista, recordó que necesitaba llevar vino; continuó su marcha, y dirigiendo una mirada escrutadora á todas las tabernas, se detuvo ante la muestra de «Bruto, el buen republicano,» situada á dos pasos del Palacio Nacional (que se habia convertido nuevamente en las Tullerías, como se le llamaba anteriormente). Una tranquilidad relativa reinaba en aquella taberna; y aun cuando se veia en ella alguno que otro gorro patriótico, el interior era ménos rojo que el de los demás figones que el ama de gobierno habia hallado en su larga expedicion. Despues de consultar á Jerry, que fué de su misma opinion, miss Pross y su acompañante entraron en la taberna de Bruto, el buen republicano.

Sin hacer caso de los humeantes quinqués ni de las personas que, con la pipa en la boca y el gorro en la cabeza, jugaban con unos súcios naipes ó con unos dominós amarillentos, ni del trabajador que, con los brazos remangados, el pecho descubierto y la cara llena de tiz-